
¿VIVIR EN PECADO?

[DOS CAPÍTULOS]

John Shelby Spong

SUMARIO

I. LA REVOLUCIÓN

1. El Escenario (págs. 29-33).– 2. Una llamada a la inclusividad.– 3. La «revolución sexual».– 4. El Divorcio: no siempre un mal.– 5. Homosexualidad: Una parte de la vida, no una maldición.

II. LA BIBLIA

6. Ambigua autoridad.– 7. Contra el literalismo.– 8. La Biblia y las mujeres.– 9. La Biblia y la homosexualidad.– 10. De las palabras a la Palabra.

III. ALGUNAS PROPUESTAS

11. Matrimonio y celibato: un ideal y una opción (págs. 187-198).– 12. ¿Esponsales? – 13. ¿Bendecir el Divorcio? – 14. Bendecir los compromisos de gays y lesbianas.– 15. Solteros postmatrimonio y sexo santo.– 16. Las mujeres en el Episcopado: símbolo de renovación en la Iglesia.

EPÍLOGO: Afrontar el presente para reclamar el futuro

APÉNDICE: Informe del Grupo de Trabajo de la Diócesis de Newark sobre la transformación de los modelos de la sexualidad y de la vida familiar.

I.1. EL ESCENARIO

Algunos pensarán que éste es un libro sobre sexo. Pero yo creo que es un libro sobre los prejuicios. Durante siglos, los grupos dominantes de la sociedad han utilizado las actitudes, los tabúes y las prácticas sexuales para mantener subordinados a otros grupos. Los que poseen el poder determinan a los que no lo tienen y les imponen su propia definición. El principal objetivo de esta imposición es asegurar la comodidad, la felicidad y el bienestar del propio grupo dominante.

Detrás de los prejuicios también hay miedo. Rechazamos lo que no controlamos. Condenamos lo que no entendemos. Creamos sis-

temas de control para debilitar realidades que sabemos poderosas y creemos amenazadoras. Ningún aspecto de nuestra humanidad incluye más ansiedades, anhelos, emociones y necesidades que nuestra naturaleza sexual. Por eso el sexo es una palestra donde los prejuicios de la gente encuentran su expresión.

Este hecho explica el miedo e incluso la violencia que brota cuando se alteran públicamente los mecanismos de control sexual. Quienes organizan sus vidas de forma diferente, quienes adoptan valores que violan los tabúes sexuales imperantes, son objeto de odio, de amenazas, incluso de ataques y, a veces, de asesinato. Cuando la 111ª Convención de la Diócesis de Newark aprobó una resolución para estudiar la cuestión del apoyo de la Iglesia a las relaciones monógamas y de compromiso entre personas gais o lesbianas, recibí miles de cartas, algunas de las cuales incluían abiertas amenazas de muerte (¿me encontraré alguna vez con alguno de los que me amenazaron?). Otras cartas contenían augurios un poco más indirectos: sus autores estaban encantados de asegurarme de que rezarían para que Dios me maldijese con una enfermedad mortal, para que me golpease con un rayo, para que incluyese en mi destino un accidente de avión o para que me dejase fuera de circulación por cualquier otro medio igualmente contundente. Críticas moderadas indicaban que estarían contentos con mi dimisión. Si no dimitía voluntariamente, presionarían hasta quitarme mi puesto como supervisor en la Iglesia de Dios (*episcopos*) por uno de los métodos medievales más comunes.

Estaba claro: mi persona o, más concretamente, la Diócesis de Newark habíamos hecho tambalear una seguridad que procedía de los prejuicios. Muchos, con una viva capacidad para la fantasía, asumieron que yo había llegado a unas conclusiones que, en verdad, iban mucho más allá de aquellas a las que había llegado en realidad.

También atribuían a mis presuntas conclusiones un poder que sus convicciones no parecían tener. De modo que, a menos de que fuese para condenar, rechazaron entrar en cualquier discusión y no podían

escuchar ninguna respuesta mía. Si lo hubieran hecho, habrían sabido que mi única certeza es que hay nuevos datos que están ahí, en el mundo, y que exigen que se les tenga en cuenta. Los datos que nos llegan a través de diversas informaciones, y también los que nacen de la propia experiencia, plantean interrogantes sobre cómo se ha definido hasta ahora la sexualidad, moral y psicológicamente, y provocan que, en nuestros días, se dé una revolución sin precedentes en el pensamiento y en la práctica sexual.

Negar todo esto, los datos y los efectos, es inmoral y propio de ignorantes. Por consiguiente, este libro es una llamada a los cristianos para «suspender el juicio» y adentrarse en la incertidumbre del no saber, reunir datos, participar en el debate, examinar los prejuicios, redefinir los valores y, de este modo, contribuir a que las cosas cambien. Es una empresa ambiciosa pero digna del esfuerzo y del riesgo que supone, ya que está en juego la posibilidad de renovarnos como «Cuerpo de Cristo».

Tanto en el debate público como en la correspondencia que recibo, hay un cliché que es frecuente y que se utiliza como si fuera evidente. La gente habla y escribe, con cierta frecuencia, primero, sobre la sexualidad y las normas morales «reveladas en las Sagradas Escrituras», y, segundo, apela a retornar a «la moral sexual de la Biblia» como si ésta existiera. En mi opinión, esta apelación es difícil de interpretar y de concretar. A medida que el libro vaya avanzando, iremos examinando la naturaleza de esta dificultad.

Porque la Biblia es la más importante de las fuentes útiles en el discernimiento ético de los cristianos, pues éstos deben tomar en consideración su mensaje con extrema seriedad, pero la Biblia, como suma de textos escritos en diferentes períodos del pasado, no está libre de contradicciones, ni de juicios y actitudes que, fueran o no correctas en su tiempo, han dejado de tener vigencia hace tiempo. Lo mismo puede decirse de la tradición de la Iglesia. La historia de la Iglesia no sólo informa de aciertos; también pone de manifiesto pecados, prejuicios y engañosos llamamientos a prácticas abandonadas

hace ya mucho tiempo. Por lo tanto, los argumentos actuales que apelan a la autoridad, ya sea de la Escritura o de la Tradición, deben aclarar antes qué partes de la Escritura o de la Tradición se mantienen y con qué fundamento, y qué otras partes hay que abandonar.

La verdad no se encuentra a través de la apelación simplista a la Tradición, ni a través de la mera búsqueda de fundamentos en la Escritura. La autoritaria pretensión de la infalibilidad papal o de la inerrancia de las Escrituras (una, en la parte romano-católica del cristianismo y otra, en ciertos sectores del protestantismo) no son relevantes, sencillamente. Tales pretensiones hace tiempo que se han desechado tanto en los círculos académicos y teológicos como, en general, entre los cristianos reflexivos. Se trata de pretensiones que sólo continúan activas como contrapeso de la inseguridad de los cristianos que están más preocupados por mantener el poder y la autoridad eclesiástica que por discernir la verdad de Dios.

La Iglesia ha de reconocer que, además de los que sienten miedo y de sus críticas, hay otro sector que, igualmente, está pendiente. Lo forman los que creen haber sido rechazados por ella; son los que son víctimas de los prejuicios; aquellos a los que la voz oficial de las estructuras eclesiásticas les ha dicho, de palabra y de obra, que no están a la altura, que no cuentan, que son unos extraños.

Cuando alguien, desde dentro de la Iglesia, juzga y cuestiona lo que ésta da por supuesto, entonces, estos últimos también le escriben; sus cartas expresan gratitud, son verdaderas confesiones, cuentan experiencias duras y comparten heridas. Se admiran porque Dios o la Iglesia tiene una morada para ellos, según él. También ellos buscan la verdad de Dios. Y es mi esperanza que este libro les haga caer en la cuenta de que ellos también están en el interior de la Iglesia siquiera porque mi texto hace que otros se enteren de que existen y de que son importantes.

Ya que la Escritura será un tema importante en esta exposición, comenzaré mi trabajo, de cara a redefinir la ética sexual, con una historia inmortal que, en mi opinión, siempre será, en la tradición judeo-

cristiana, un recordatorio de que nunca un prejuicio humano, de cualquier tipo, puede ser la voluntad o la palabra de Dios.

La llamada de Dios a la Iglesia es una llamada a la humanidad para construir una comunidad abierta a todos. Dado que el pueblo de Dios es, por definición, diverso (en color, género, raza, lengua, edad, orientación sexual e incluso en sistemas de valores), no es una tarea fácil la de desarrollar y mantener una comunidad inclusiva. Es mucho más fácil trazar círculos y proclamar que sólo los de dentro de un círculo particular son objeto de nuestra solicitud y de nuestro amor, mientras dejamos a los demás fuera como víctimas potenciales de nuestro prejuicio.

Históricamente, los cristianos nos hemos apresurado a proclamar la universalidad que conlleva la palabra «todos» de Pablo en su frase: «Así como en Adán todos murieron»; sin embargo, hemos solido omitir la proclamación de universalidad que, en la segunda parte de la frase, conlleva el mismo término: «... así en Cristo todos viviremos». El diálogo bautismal del *Book of Common Prayer* pregunta a los candidatos y a sus padrinos: «¿buscarás y servirás a Cristo en todas las personas, y amarás a tu prójimo como a ti mismo?» Y también: «¿lucharás por la justicia y la paz para todo el mundo y respetarás la dignidad de cada persona?». La respuesta ritual a las dos preguntas es: «Así lo haré con la ayuda de Dios».

Sin embargo, es más fácil pronunciar «todos» que hacer real lo que esta universalidad implica. La llamada divina a construir una comunidad inclusiva choca, invariablemente, con el prejuicio humano arraigado en la necesidad de estar seguro, de ser recto, de reclamar que la propia conducta es la que se ajusta a la voluntad de Dios y de tener razón en la forma de empequeñecer a los otros. Siempre ha sido así, tal como seguro que mostrará el relato bíblico que contaré a continuación de una forma un tanto libre.

**III. 11. MATRIMONIO Y CELIBATO:
LO IDEAL, NO LA ÚNICA OPCIÓN**

La institución del matrimonio está en constante proceso de cambio; evoluciona y se transforma de forma imprevisible y peculiar. Tiene detractores y defensores, y algo de ambos hay en mí. Estoy dispuesto a decir adiós a la forma patriarcal de matrimonio que oprime a ambas partes en nombre de un concepto de masculinidad ya moribundo, pero no lo estoy si de lo que se trata es de abandonar el concepto de matrimonio como tal. En mi opinión, sigue siendo el modo más importante de relación humana. Un matrimonio fielmente contraído y fielmente vivido es una experiencia profundamente vivificante que hay que reconocer y celebrar. También creo que, para algunas personas, el celibato puede ser una alternativa válida; una alternativa que habría que considerar e incluso que recomendar en determinadas circunstancias. Si discrepo de los moralistas tradicionales, no lo hago en lo que se refiere a los valores que el matrimonio o que el celibato pueden comportar, sino sólo en la pretensión de estos moralistas de limitar el comportamiento moral admisible a estas dos alternativas.

No creo que hoy en día la disyuntiva entre matrimonio y celibato agote el campo de lo que puede considerarse válido en moral sexual. Estas dos opciones pueden seguir siendo los ideales propuestos con carácter general; es decir, los estándares comunes. Puede atribuírseles, incluso, el máximo potencial de realización. Sin embargo, he conocido demasiadas relaciones no matrimoniales en las que podían reconocerse los frutos de la santidad como para pretender que tales relaciones son inmorales por el mero hecho de no encajar en lo que puede considerarse, estrictamente, como un matrimonio legal.

En esta sección del libro, intentaré definir y defender estas otras opciones morales. Antes, sin embargo, es importante afirmar, clara y vigorosamente, tanto mi compromiso con el matrimonio, fiel, monó-

gamo y de por vida, como norma válida para la mayoría, así como mi opinión de que la vida en castidad, propia del celibato, es recomendable como una opción válida, para algunos.

Este compromiso no es nuevo en mí. Es la opinión de quien, a lo largo de la vida, no se ha desanimado a la vista del dolor de las rupturas humanas. Lo dije públicamente en un libro de hace seis años: «En la profundidad de mi ser sigo convencido de la verdad de que el mayor desarrollo del ser humano y su mayor gozo potencial son el resultado y la consecuencia del compromiso total de una persona con otra en el santo matrimonio» ⁽¹⁾. Aún lo creo así.

Un matrimonio monógamo y fiel nunca ha sido un logro fácil; y quizá sea aún más difícil hoy. Quienes defienden los valores de las anteriores generaciones muchas veces no parecen comprender las presiones que hoy se ejercen sobre los jóvenes adultos, ni el entorno en el que actualmente se unen en matrimonio; entorno radicalmente diferente del habitual hace tan sólo un par de generaciones. Vivimos en medio de un bombardeo de sexo a través de los medios, impresos y electrónicos, las vallas publicitarias, las novelas, las obras de teatro, las películas e incluso los debates abiertos en escenarios públicos, de manera que el sexo ya no es, como antaño, una actividad privada. Y menos ahora que somos conscientes de que, en una relación sexual, los participantes se exponen mutuamente a infecciones provenientes de cualquier relación anterior, de uno o de otro. Esta toma de conciencia reciente del peligro potencial de la actividad sexual ha enfriado un tanto el fuego de la liberación, e incluso ha hecho que aumente la valoración del romanticismo y de una relación estable. El pacifista que en su día proclamó «haz el amor y no la guerra» ya no está tan seguro al hacer lo primero. Culturalmente, hay un retroceso de la promiscuidad. Las amenazas de contagio mitigaron el entusiasmo de multiplicar las relaciones. En 1984, la revista *Time* llegó a anunciar, en portada, que la revolución sexual había terminado. Pudo ser prema-

⁽¹⁾ John S. Spong, *Into the Whirlwind*, Harper & Row, 1983.

turo anunciarlo pero sí fue oportuno registrar que las actitudes hacia el sexo y el matrimonio estaban entrando en una nueva fase.

Contra lo que algunos esperaban, la libertad sexual no sólo trajo emociones intensas y satisfacción. También trajo dolor, pérdidas, superficialidad, trastornos e incluso tedio. El ser humano necesita y desea intimidad, continuidad y compromiso en el amor. La actividad sexual, o forma parte de la intimidad y del amor, o pasa a no significar apenas nada. Las emociones baratas o artificiales no son duraderas. A medida que la gente lo ha entendido, la promiscuidad ha disminuido y los compromisos han aumentado.

A los círculos conservadores, políticos y religiosos, les gusta que el matrimonio monógamo y fiel, así como el celibato voluntario y acendrado, puedan volver a ser la norma de la sociedad, si no por razones morales, sí, al menos, por razones de salud. Sugieren que el retorno a la moralidad tradicional disminuye, por sí solo, el impacto de ciertas enfermedades. El argumento es poderoso porque, ciertamente, la conducta promiscua, homosexual o heterosexual, es destructiva para el alma, y peligrosa para el cuerpo.

James B. Nelson (²) llama la atención sobre los numerosos debates públicos que sitúan la sexualidad entre nuestras principales preocupaciones. Su lista incluye asuntos relacionados: la equidad entre los sexos, la igualdad en el acceso al empleo y en los salarios, el aborto, la planificación familiar, el control demográfico, los abusos y la violencia sexual, la pornografía, la prostitución, las técnicas reproductivas, el uso de preservativos y el embarazo entre adolescentes. Cada uno de estos temas se discute libremente en los medios casi a diario. Además, el Dr. Nelson enumera: el aspecto sexual de los crímenes más violentos, la carrera de armamentos y las políticas económicas y exteriores de las naciones. Todos estos problemas, afirma, se derivan de presuntas virtudes, asociadas a la dominación

(²) James B. Nelson, "Reuniting Sexuality and Spirituality", *The Christian Century* 104, no. 6 (February 25, 1987): 187-90.

masculina; se relacionan con y, en algunos casos, son expresión directa del culto al vencedor, de la asunción acrítica del valor de la competitividad y de la inhibición y el «blindaje» de las emociones, tal como expresivamente dice. Todos estos asuntos –escribe– provienen de distorsiones cuyo origen es una determinada interpretación de la sexualidad masculina de tipo patriarcal. Hoy, sin embargo, esta mentalidad empieza a estar en retirada. Nelson, además, parafrasea los pensamientos de James Weldon Johnson, quien, hace años, observó que la sexualidad estaba asimismo presente en el fondo de nuestros prejuicios raciales:

Históricamente, la catalogación de las mujeres por parte del hombre blanco («o vírgenes o putas») funcionó con un esquema racial: las mujeres blancas eran símbolo de delicadeza y de pureza mientras las mujeres negras eran símbolo de una animalidad explotable económica y sexualmente. El varón blanco proyectaba, además, su culpabilidad sobre el varón negro, al que juzgaba ser una bestia oscura e hipersexual que se debe castigar y de la que hay que proteger a la mujer blanca. Las mujeres negras educaban a sus hijos para ser dóciles. Así esperaban protegerlos de las iras del hombre blanco. Sin embargo, esto, a su vez, complicaba los matrimonios negros y conducía a ciertos intentos destructivos de recobrar la «virilidad negra». En Norteamérica hemos sido herederos de una historia racial deformada, en la que la dinámica sexual ha sido importante. ⁽³⁾

Estos aspectos de nuestra conciencia sexual (recientemente más patente en el ámbito social) son ilustrativos del cambio de paradigma que está teniendo lugar en nuestra época. Los valores asociados a la era patriarcal, así como todas sus manifestaciones, están extinguiéndose. Las parejas que eligen casarse lo hacen en un mundo en cambio. Cuando cambian los valores, también hay que cambiar los conceptos y las representaciones con los que viven las personas y las instituciones. El matrimonio del mañana será muy diferente del de ayer.

⁽³⁾ Ibid., p. 190.

Sin embargo, el matrimonio, cualquiera que sea su carácter y su forma, es probable que siga siendo la opción más común en el futuro. La decisión de contraer matrimonio es una decisión crucial. Es una opción que necesita el apoyo de la sociedad. El matrimonio es exigente y mantenerlo requiere esfuerzo. Sin embargo, ofrece un bienestar en el orden del ser que justifica con creces el tiempo, la energía, la atención y el compromiso que reclama. El matrimonio sigue siendo para mí el ideal, el modelo con respecto al cual hay que concebir cualquier otra relación.

Si el matrimonio es tan importante, debería prepararse a conciencia. Si el bien que procura es de tal calidad, una institución como la Iglesia debería comprometerse por completo, con su energía y sus recursos, en ayudar a la gente a crear unas relaciones sanas, monógamas y de fidelidad, entre las que el matrimonio sería la referencia, el modelo que se invita a perseguir. Puesto que el matrimonio es mucho más que la legitimación de la actividad sexual genital, es bueno reparar en lo que cada uno de los contrayentes ha sido por separado en los años anteriores. Una vez establecido el vínculo, el sexo debe ser una parte santa en esta relación, un aspecto exclusivo del varón y de la mujer en su intimidad, inviolable por la inclusión o intrusión de nadie. Nadie intercambia públicamente los votos del matrimonio (ya sea ante Dios o ante un juez) si éstos no incluyen la intención de la exclusividad en la relación. Si estas promesas no pueden hacerse con honestidad, no deben hacerse. Marido y mujer, ambos necesitan una seguridad suficiente y confiar en el compromiso. Sólo así las profundidades que son posibles en una relación serán accesibles y aflorarán en una mutua exploración.

Los recuerdos compartidos contribuyen a la belleza y al fortalecimiento de la relación matrimonial. Entre nuestros recuerdos conyugales destacan ciertos hitos: la ceremonia de la boda, la luna de miel, la primera residencia, la celebración de aniversarios y cumpleaños, algunas vacaciones, el primer embarazo, el nacimiento de cada uno de los hijos. Cada pareja debe descubrir sus propios momentos especiales. Cada recuerdo de estos es un tesoro que no debería perderse y

que siempre puede volver. Las fotografías suelen recordar e incluso hacernos revivir el éxtasis de estos momentos inolvidables.

También están los tiempos oscuros, con las sombras de la vida, pero que pueden ser poderosos forjadores de profundidad y de unidad en una relación de compromiso mutuo. En ocasiones, las crisis suponen desplazamientos, quizá no buscados pero en cualquier caso inevitables, que privan al marido, a la mujer y a los hijos del apoyo de las redes de amigos y hacen descubrir, a los miembros de la familia, la importancia de unos para otros. A veces, la sombra es un problema que afecta a uno pero que deben afrontar todos. Otras veces, es una enfermedad o una muerte lo que pone a prueba la fortaleza de la relación. ¿No indican los estudios que la tasa de divorcios se incrementa de forma notable en las parejas que sufren el trauma de la muerte de un hijo? También los tiempos de transición, como la graduación, la boda de un hijo, el acceso a la condición de abuelos y la jubilación, hacen que las personas descubran nuevas dimensiones en sí mismos y en las relaciones que tienen con el otro. Todas estas cosas y muchas otras alimentan la memoria compartida de un hombre y de una mujer que se han comprometido el uno con el otro «para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de su vida, hasta que la muerte los separe».

Hay además pequeñas cosas que también forman parte de la intrahistoria familiar: las bromas y los juegos, las idiosincrasias, los gustos, la amplia variedad de preferencias en comidas, vestidos y entretenimientos, los amigos... Todo forma parte de la esencia familiar. Son lazos que crean unidad a partir de lo que nos distingue. Sólo un compromiso de por vida, por cuyo medio dos personas acuerdan compartirse ellos mismos completa y libremente, así como crecer juntos durante el resto de su vida, puede abrir sus vidas a las profundidades del amor y al descubrimiento de los pozos escondidos que hay en las personas.

Si la muerte o el divorcio interrumpen esta relación, puede venir un segundo matrimonio. Podrá ser incluso un magnífico segundo

matrimonio. Sin embargo, no tendrá tanto tiempo para desarrollarse en profundidad y para fraguar los recuerdos comunes que, al menos potencialmente, había en el primero. El paso del tiempo es esencial para compartir la vida realmente. Un día perdido es un día que ya no se recobra. Un día con sentido es un día para siempre. Sin el paso del tiempo, no se cosechan ni reúnen los recuerdos comunes. Cuanto más añejos y profundos son los recuerdos, tanto mayor es el potencial de descubrimiento y de entrega de sí mismo que albergan. Ésta es la esperanza y el gozo que hace tan especial el compromiso nupcial de por vida.

El matrimonio es siempre una relación vulnerable. Cada cónyuge está expuesto al otro de muchas maneras, desde la desnudez física a la desnudez mental y emocional. Del mismo modo que, en el compromiso de por vida, el potencial de realización es máximo, también es máxima la posibilidad de causar dolor cuando viene el fracaso. Cuando dos personas que se conocen bien se hacen daño o se rechazan, el dolor es muy intenso. Nada hay casual en el divorcio. En ocasiones, para sobrellevar el dolor, la gente entierra sus sentimientos. Sin embargo, el daño permanece en lo profundo y siempre puede dar lugar a extrañas formas de conducta compensatoria. Ocurre a veces que nadie es tan imprudente y destructivo como la persona recién divorciada que busca, de algún modo, detener el daño, curar las heridas, aliviar el dolor. Se recurre al alcohol, la promiscuidad, las relaciones por despecho, las drogas e incluso el suicidio.

El matrimonio es una relación que encierra una gran potencia. Tiene mucho poder para vivificar y mucho poder para producir dolor. No debería contraerse a la ligera ni impulsivamente. Su importancia es tal que merece nuestros mejores esfuerzos: desde los comienzos, en los que hay que forjar una buena unión, pasando por las crisis de la madurez, cuando las prioridades siempre se revalúan, hasta llegar con elegancia a la vejez. En medio de la revolución sexual, me congratulo ante los compromisos de por vida, monógamos y de fidelidad, entre un hombre y una mujer. Considero que es un ideal que tiene mucho que ofrecer (quizá el que más) y que, justo por esto, merece

nuestros mejores esfuerzos, nuestra vigilancia, nuestra constante atención y nuestra permanente dedicación.

Sin embargo, aunque el matrimonio debe formar parte de nuestro mundo cambiante y así será, algunos viejos supuestos de su forma actual no perdurarán. La flexibilidad, por ejemplo, es ya una virtud primordial en el matrimonio. Y la reciprocidad está reemplazando rápidamente el viejo esquema del hombre como el que toma las iniciativas y la mujer como sólo pasiva. Además, el número de parejas en las que ambos desarrollan una carrera profesional va en aumento. Esto ha reducido la alta movilidad que, desde la Segunda Guerra Mundial, caracterizaba la vida de las familias de la clase media y ejecutiva emergente. Y esta igualación profesional también ha modificado los patrones de natalidad, paternidad y maternidad.

Las presiones de la vida actual no ayudan a las familias. La familia nuclear ha reemplazado a la familia extensa con su compleja estructura de relaciones bien trabadas. Por eso las necesidades son más pero los apoyos emocionales para enfrentarse a ellas son menos. La rutina diaria del que se desplaza para ir a trabajar (conduzca su propio vehículo o viaje en transporte público) genera un deseo de retraerse de lo comunitario y de refugiarse en el aislamiento de una velada con dos martinis y la televisión, sin ninguna comunicación con la pareja. Si esta presión de lo social no se encauza, el potencial a largo plazo de muchos matrimonios estará en peligro.

Uno de los propósitos de la institución religiosa es ayudar a sus miembros a sentirse enraizados, y ser para ellos una comunidad que los acoge. Deseo que el papel y la vocación de la iglesia sea ser la familia extensa dentro de la que la familia nuclear se pueda ubicar para un enriquecimiento en los dos sentidos. Sólo dar enriquece de verdad. Espero que la formación de los pastores de hoy y de mañana incluya el objetivo y la capacitación para contribuir a fortalecer las relaciones familiares y a enriquecer, sostener, animar, afianzar, transformar y bendecir el compromiso matrimonial. Cuando un matrimonio fracasa, las contribuciones de la comunidad son otras, pero,

en tanto que queda alguna esperanza para la pareja, la energía, personal y comunitaria, debe emplearse en alimentar esta unión. Un matrimonio no merece menos.

Si uno cree o está seguro de no tener éxito en una vida de matrimonio, vivir célibe debe considerarse como una opción. A muchos les parecerá una propuesta extraña pero la hago con toda seriedad. He conocido personas que viven su vida célibe de una forma abierta y honesta. Algunos eran heterosexuales y otros, homosexuales. Todos habían elegido libremente la forma célibe de vivir como la mejor para ellos. Nadie se la había impuesto. A veces, la elección se hizo después de otros intentos que fracasaron. Otras veces, la ocasión fue la pérdida de la pareja (por fallecimiento, ruptura de la relación o, en los casos más trágicos, por un accidente o una enfermedad que incapacitó al cónyuge). Estas circunstancias involuntarias hicieron que la persona implicada se planteara vivir célibe, cosa que, entonces, escogió libremente como la mejor opción en aquel momento.

A veces, encauzar la energía de la sexualidad hacia otro objeto, como el arte, la música, la escritura o incluso la cocina, fomenta una creatividad que enriquece, que compensa la falta de intimidad compartida y que lleva a la persona a una plenitud que, de otro modo, no hubiera podido alcanzar. En ocasiones, un conjunto de relaciones, en las que se dan diversos grados de amistad, puede sostener una vida que se ha visto privada de ese compañero o compañera tan especial que es la propia pareja. Si la persona se compromete a una vida célibe, su amistad con personas casadas del sexo opuesto no es una amenaza para el matrimonio de éstas, no hay ni seducción ni coqueteo y dichas relaciones pueden ser enriquecedoras y fortalecedoras para todos los implicados.

No creo, sin embargo, que sean muchos los que de hecho pueden escoger libremente el celibato y vivirlo después con integridad. En el mejor de los casos, es una opción para una minoría. Creo, con todo, que debería considerarse como una vía abierta y como el mejor cami-

no para la realización de algunos, si no a lo largo de toda la vida, sí, al menos, en ciertos períodos prolongados.

Eso sí, me opondría totalmente a que un tercero prescribiera el celibato a otro, como si la moral exigiese esta vía como la única alternativa para los que no se casan. Creo realmente que, para algunos, puede ser un ideal y que, como tal, debería presentarse y explorarse seriamente. Al menos, es mucho más sencillo y mucho menos complicado que otras opciones posibles.

Aunque como aportación en materia de ética mi objetivo no es coaccionar a la gente a ajustarse a las normas sociales so capa de mantener la moralidad, reconozco aquellas normas favorables al celibato que se desarrollaron por ser útiles para un objetivo valioso para el bien común. Mi principal compromiso ético se encamina a ayudar a la plenitud de la vida tanto en los individuos como en la sociedad, y dentro de los límites que la vida impone a cada uno, cualesquiera que sean éstos. La tensión entre el individuo y el grupo produce una interacción entre los valores individuales y los del grupo. El matrimonio y el celibato ayudan a reducir esta tensión en tanto que ambos se aceptan socialmente y son buenos para los individuos involucrados cuando éstos los escogen libremente.

Antes de considerar los otros posibles modelos de relación que hoy en día se plantean, y que creo que caen dentro de los límites de la moral religiosa aunque susciten un vigoroso debate, querría expresar mi respeto por las tradiciones. Aunque estoy en desacuerdo con quienes piensan que el matrimonio y el celibato son los únicos modelos de relación moralmente aceptables, aprecio estos dos estilos de vida sinceramente. Deseo los tesoros potencialmente presentes en el matrimonio para la mayoría, que, de hecho, busca la bendición del matrimonio. Y siento un gran respeto por quienes se proponen vivir y viven una vida célibe. Sin embargo, dicho esto, tiendo la mano a los otros que no encajan en estos dos parámetros de lo moral.

¿Qué les debemos decir, como cristianos dedicados al Dios que llama a todos a la plenitud de la vida, a los jóvenes sexualmente acti-

vos de nuestro entorno, para los que el matrimonio no es una opción real en esta edad suya ni en muchos años más todavía? ¿Qué les debemos decir a nuestros hermanos gays y lesbianas, para los que el matrimonio no es, normalmente, una opción civil ni eclesiástica? ¿Qué les diremos a las personas cuyos matrimonios, por diferentes razones (muerte de su pareja, un divorcio u otras razones, económicas, emocionales o profesionales, etcétera), no pueden o no quieren contraer otra vez matrimonio?

Como una voz entre otras en la iglesia, no estoy dispuesto a condenar las relaciones sexuales no convencionales que desembocan, de hecho, en una vida más plena, entre las personas que se encuentran en esta situaciones. Creo que hay otras posibilidades que la iglesia puede asumir honestamente. Las presento a continuación, para la discusión y el debate. Seguro de que daré pie a ambas cosas. He vivido el tiempo suficiente en el seno de la iglesia como para saberlo.